

La plenitud de la línea, la sobriedad del objeto

Cada artista conforma su genio con las técnicas y materiales que le son propicias para plasmar los motivos de su elección, pero el objeto elegido como referencia es la clave de su personalidad, que en el caso de Juan Heredia Gil sintetiza con una proyección sobria y sosegada en sus creaciones emulando la piedra.

En los trabajos que presenta ahora en la galería Bisel, es interesante su peculiar utilización de la plumilla, al alcanzar con ella efectos propios del pincel, aunque siempre es la línea la que precisa luces y sombras sobre el plano, dejando al difuminado las sugerencias efectistas.

Apoyado en tintas y acrílicos, con la acuarela como complemento, es la plenitud de la línea a manos de este artista la que impregna nuestra retina como un hilo conductor para enfrentarnos al objeto, un universo de aristas, concavidades y convexidades de la piedra trabajada en la severidad de los edificios barrocos y neoclásicos.

Esa misma plenitud es la que hace emerger virtualmente del plano las ponderadas y sencillas escenas religiosas cristianas, elementos iconográficos que reviven escenas de los evangelios apócrifos dedicados a María, madre de Jesús; interpretaciones no reconocidas por la ortodoxia cristiana que han llamado la atención del pintor.

Heredia Gil se adentra así en el mundo oculto del pensamiento de las primeras iglesias cristianas, un orbe iniciático al que se ajusta emulando la sencillez plástica de los originales - reliquias más que representaciones- con el encanto de sus perspectivas invertidas y sus voluntariamente ignorados artífices.

Si en los edificios la línea fluye cortante para marcar los elementos de la fábrica humana, en los altorrelieves de los iconos se relaja ligeramente para establecer una relación de semejanza con el piadoso mensaje y, a la inversa, en hilo conductor hacia el propio autor.

José Alberto Bernardeau